



CAMINO A BELÉN

Eran tres los que estaban en camino: María, José y el pequeño asno que trotaba alegremente delante, José llevaba su bastón. Estaba acostumbrado a hacer largos trayectos y caminaba a buen paso. María, la dulce madre de Dios hacía como podía para ir a su ritmo, pero sus pies tropezaban a menudo con las piedras del camino. Cerraba los dientes para esconder el dolor.

Pero pronto dejó escapar una lágrima que no consiguió retener. El pequeño asno no se enteró de nada y José tampoco: estaba atento para no perder el camino. El ángel que acompañaba a los viajeros vio que María lloraba. Entonces se inclinó hacia ella y le dijo: ¿Por qué lloras, pequeña sierva amada del Señor? Estás en camino a Belén; allá el Niño Jesús vendrá al mundo, “¿No estás feliz de esto?”. María le respondió: “El pensamiento de que el niño va a nacer pronto me colma de alegría. Lo que me entristece son estos guijarros contra los que tropiezo y me lastimo los pies”.

Tras estas palabras, el ángel se volvió hacia las piedras. Las miró con sus ojos celestiales radiantes de luz. Y he aquí, las piedras se transformaron bajo su mirada: sus ángulos y sus aristas cortantes se redondearon y tomaron reflejos coloreados. Algunas llegaron a ser incluso transparentes como cristal y centelleaban sobre el camino iluminadas por el ángel.

Entonces, María avanzó con paso seguro. Delante de ella, el camino lucía e irradiaba y ya ningún dolor vino a molestar más su andar hacia Belén.